

Queridos hermanos en el episcopado, queridos presbíteros, diáconos, consagrados y consagradas, catequistas, agentes de pastoral y todos los que os dedicáis al campo de la educación de las nuevas generaciones, os exhorto con viva solicitud que estéis atentos a la escucha de cuantos en las comunidades parroquiales, en las asociaciones y en los movimientos manifiesten signos de una llamada al sacerdocio o a una especial consagración. Es importante que en la Iglesia se creen las condiciones favorables para que puedan aflorar tantos “sí”, como generosas respuestas a la llamada del amor de Dios.

Será tarea de la pastoral de las vocaciones ofrecer puntos de orientación para un fructífero recorrido. Elemento central será el amor a la Palabra de Dios, cultivando una familiaridad creciente con la Sagrada Escritura y una oración personal y comunitaria atenta y constante, para ser capaces de sentir la llamada divina en medio de tantas voces que llenan la vida diaria. Pero sobre todo que la Eucaristía sea el “centro vital” de todo camino vocacional: es aquí donde el amor de Dios va unido al sacrificio de Cristo, expresión perfecta del amor, y es aquí donde aprendemos siempre de nuevo a vivir la «gran medida» del amor de Dios. Palabra, oración y Eucaristía son el tesoro precioso para comprender la belleza de una vida totalmente gastada por el Reino.

Auguro que las Iglesias locales, en sus diversos componentes, dejen “lugar” al atento discernimiento y la honda comprobación vocacional, ofreciendo a los jóvenes y a las jóvenes un prudente y vigoroso acompañamiento espiritual. De esta manera la comunidad parroquial se convierte ella misma en manifestación de la Caridad de Dios que guarda en sí toda llamada. Tal dinámica, que responde a las instancias del mandamiento nuevo de Jesús, puede hallar elocuente y singular atención en las familias cristianas, cuyo amor es expresión del amor mismo de Cristo que ha dado a su Iglesia (cf. *Ef* 5, 32). En

las familias, «comunidad de vida y de amor»⁷, las nuevas generaciones pueden hacer una admirable experiencia de este amor oblativo. Ellas, efectivamente, no solo son el lugar privilegiado de la formación humana y cristiana, sino que pueden llegar a ser «el primer y mejor seminario de la vocación a la vida de consagración al Reino de Dios»⁸, haciendo descubrir, precisamente dentro de la familia, la belleza e importancia del sacerdocio y de la vida consagrada. Los pastores y todos los fieles laicos colaboren siempre para que en la Iglesia se multipliquen esas «casas y escuelas de comunión» siguiendo el modelo de la Sagrada Familia de Nazaret, reflejo armonioso en la tierra de la vida de la Santísima Trinidad.

Con esos augurios, imparto de corazón la bendición apostólica a vosotros, venerables hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, a los diáconos, a los religiosos, a las religiosas y a todos los fieles laicos, en particular a los jóvenes y a las jóvenes que con corazón dócil se ponen a la escucha de la voz de Dios, dispuestos a acogerla con decisión generosa y fiel.

En El Vaticano, 18 octubre 2011

Benedictus PP XVI

NOTAS

¹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, X, 27.38.

² JUAN PABLO II, *Pastores dabó vobis*, 25.

³ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 17.

⁴ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Epistolario*, 26.

⁵ *Moralium Libri, sive expositio in Librum B. Job*, Lib. VII, cap. 24, 28; PL 75, 780D.

⁶ *Le curé d’Ars. Sa pensée – Smaur*, Foi Vivante, 1966, p. 100.

⁷ *Gaudium et spes*, 48.

⁸ *Familiaris consortio*, 53.

Mensaje del papa Benedicto XVI

XLII JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES



LAS VOCACIONES, DON DE LA CARIDAD DE DIOS

Queridos hermanos y hermanas:

La XLIX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, que se celebrará el 29 abril 2012, cuarto domingo de Pascua, nos invita a reflexionar sobre el tema: *Las vocaciones, don de la Caridad de Dios*.

La fuente de todo don perfecto es Dios Amor -*Deus caritas est*-: «Quien permanece en el amor permanece en Dios» (*1 Jn* 4, 16). La Sagrada Escritura narra la historia de ese vínculo original entre Dios y la humanidad, que precede a la misma creación. San Pablo, escribiendo a los cristianos de Éfeso, eleva un himno de gratitud y alabanza al Padre, el cual con infinita benevolencia dispone a lo largo de los siglos la actualización de su universal designio de salvación, que es designio de amor. En el Hijo Jesús –afirma el Apóstol– «nos eligió antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor» (*Ef* 1, 4). Nosotros somos amados por Dios “antes”, ¡incluso de venir a la existencia! Movido exclusivamente por su amor incondicional, Él nos “creó de la nada” (cf. *2 Mac* 7, 28) para llevarnos a la plena comunión con Él.

Lleno de gran estupor ante la obra de la providencia de Dios, el salmista exclama: «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el

hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él?» (*Sal* 8, 4-5). La verdad profunda de nuestra existencia está, pues, encerrada en ese sorprendente misterio: toda criatura, en particular toda persona humana, es fruto de un pensamiento y de un acto de amor de Dios, amor inmenso, fiel, eterno (cf. *Jer* 31, 3). El descubrimiento de esa realidad es lo que cambia verdaderamente nuestra vida en profundidad. En una célebre página de las *Confesiones*, san Agustín expresa con gran intensidad su descubrimiento de Dios suma belleza y sumo amor, un Dios que había estado siempre cercano, pero al que finalmente abría la mente y el corazón para ser transformado:

«¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, más yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhelo; gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti»¹.

Con esas imágenes, el santo de Hipona intenta describir el misterio inefable del encuentro con Dios, con Su amor que transforma toda la existencia.

Se trata de un amor sin reservas que nos precede, nos sostiene y nos llama durante el camino de la vida y tiene su raíz en la absoluta gratuidad de Dios. Refiriéndose en concreto al ministerio sacerdotal, mi predecesor, el beato Juan Pablo II, afirmaba:

«Todo gesto ministerial, a la vez que lleva a amar y servir a la Iglesia, ayuda a madurar cada vez más en el amor y en el servicio a Jesucristo, Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia; en un amor que se configura siempre como

respuesta al amor precedente, libre y gratuito, de Dios en Cristo»². Toda específica vocación nace, de hecho, de la iniciativa de Dios, ¡*es don de la Caridad de Dios!* Él es que da el “primer paso”, y no por una particular bondad encontrada en nosotros, sino en virtud de la presencia de su mismo amor «derramado en nuestros corazones por el Espíritu» (*Rom* 5, 5).

Siempre, en el origen de la llamada divina está la iniciativa del amor infinito de Dios, que se manifiesta plenamente en Jesucristo. Como escribí en mi primera encíclica, *Deus caritas est*, «de hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente. El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía»³.

El amor de Dios permanece para siempre, es fiel a sí mismo, a la «volver a anunciar, especialmente a las nuevas generaciones, la belleza cautivadora de ese amor divino, que precede y acompaña: es el resorte secreto, es la motivación que no falla, incluso en las circunstancias más difíciles.

Queridos hermanos y hermanas, a ese amor tenemos que abrir nuestra vida, y a la perfección del amor del Padre (cf. *Mt* 5, 48) ¡al que nos llama Jesucristo cada día! La grandeza de la vida cristiana consiste en efecto en amar “como” Dios; se trata de un amor que se manifiesta en el don total de sí mismo fiel y fecundo. A la priora del monasterio de Segovia, apenada por el desasosiego en el que se encontraba en aquellos años, san Juan de la Cruz responde invitándola a actuar según Dios: «No piense otra cosa sino que todo lo ordena Dios. Y a donde no hay amor, ponga amor, y sacará amor»⁴.

En ese terreno oblativo, en la apertura al amor de Dios y como fruto de ese amor, nacen y crecen todas las vocaciones. Y alcanzando ese manantial en la oración, con la asidua frecuentación de la Palabra y de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía, es posible vivir el amor al prójimo en el que se aprende a descubrir el rostro de Cristo (cf. *Mt* 25, 31-46). Para expresar el vínculo indivisible que media entre esos “dos amores” –el amor a Dios y el amor al prójimo– brotados de la misma fuente divina y a ella orientados, el papa san Gregorio Magno usa el ejemplo de la plantita:

«En el terreno de nuestro corazón [Dios] ha plantado primero la raíz del amor a Él y luego se ha desarrollado, como cabellera, el amor fraterno»⁵.

Esas dos expresiones del único amor divino, tienen que vivirse con especial intensidad y pureza de corazón por quienes se han decidido a emprender un camino de discernimiento vocacional hacia el ministerio sacerdotal y la vida consagrada; constituyen su elemento calificador. En efecto, el amor a Dios, del que los presbíteros y los religiosos llegan a ser imágenes visibles –aunque siempre imperfectas– es la motivación de la respuesta a la llamada de especial consagración al Señor a través de la Ordenación presbiteral o la profesión de los consejos evangélicos. La fuerza de la respuesta de san Pedro al divino Maestro: «Tú sabes que te quiero» (*Jn* 21, 15), es el secreto de una existencia entregada y vivida en plenitud, y por esto llena de profunda alegría.

La otra expresión concreta del amor, el amor al prójimo, sobre todo hacia los más necesitados y los que sufren, es el impulso decisivo que convierte al sacerdote y a la persona consagrada en un suscitar de comunión entre la gente y un sembrador de esperanza. La relación de los consagrados, especialmente del sacerdote, con la comunidad cristiana es vital y llega a ser parte fundamental de su horizonte afectivo. A este respecto, al santo Cura de Ars le gustaba repetir: «El sacerdote no es sacerdote para sí mismo; lo es para vosotros»⁶.